

VER:

Este ciclo pastoral, los retiros que los estamos haciendo, los estamos haciendo entorno a los Salmos, los estamos meditando, estamos orando con ellos.

La oración es la expresión más privilegiada de diálogo entre la persona y Dios. A través de la oración el ser humano logra encauzar experiencias y sentimientos espontáneos de lamento, súplica, confianza, arrepentimiento, gratitud, alabanza, admiración, profesión de fe... Cuando estos sentimientos y experiencias se convierten en lenguaje llegan a adoptar expresiones poéticas. Y si encima se hacen acompañar de música, se convierten en canción. Pues todo esto: oración, poesía y canción, es el libro de los Salmos, verdadero culmen de la experiencia religiosa del pueblo de Israel.

Como los Salmos son poesía religiosa, para comprenderlos plenamente hemos de afinar nuestra sensibilidad poética y saber descubrir y valorar los recursos poéticos que los conforman. Saber el vocabulario especial que se emplean, las distintas formas de paralelismos, los juegos de palabras y, sobre todo, la gran profusión y variedad de imágenes nos permiten acercarnos a la experiencia original del salmista, a su intención y a la experiencia e intención del pueblo que los hizo suyos.

De esta manera, comprenderemos mejor la dureza de ciertas expresiones o la violencia de ciertos sentimientos que parecen chocar con nuestra cultura actual y nuestros sentimientos cristianos.

Encontramos diferentes tipos de Salmos, tanto por su origen, como por el contexto en que surgieron, o por su forma literaria, por su temática... Es importante identificar y conocer el género literario de cada Salmo, pues ello nos permite introducirnos mejor en la historia de cada uno, distinguir sus peculiaridades y captar más plenamente su sentido original.

Lo más importante es que los Salmos se dirigen a Dios, pero también hablan de Dios: de sus atributos y de sus intervenciones, de la experiencia que el salmista tiene de su presencia o de su ausencia. Y también hablan del individuo y del pueblo de Israel en su relación con Dios. Son oraciones apasionadas o serenas, llenas de confianza en el Señor o de impaciencia porque su intervención salvadora parece retrasarse.

En los Salmos a Dios se le habla de tú a tú, con una increíble libertad. En la oración, los israelitas gritan de entusiasmo o gimen de dolor, se recrean en las acciones de Dios y, a veces, casi le exigen una respuesta, o intentan provocar su ira o su venganza contra los enemigos. Y esto no nos debe escandalizar, ni siquiera extrañar: el mismo Dios toleraba e intentaba encauzar los sentimientos, en muchas ocasiones primitivos, de un pueblo que iba madurando lentamente en su fe y en su comprensión de la revelación del Dios de infinito perdón y de amor infinito.

En Cristo esta revelación llega a su plenitud. El mismo Jesús bebió y vivió la espiritualidad de los Salmos y los utilizó en su oración, como buen judío. Y los primeros cristianos se sirvieron de ellos para entender el misterio del Dios hecho hombre y para explicarlo.

Fiel a su Maestro, la Iglesia ha seguido orando con los Salmos: son la palabra que el mismo Dios nos enseña para que se la dirijamos. Puede que nos resulte difícil conectar en ocasiones con alguno de ellos. Pero, contemplados a la luz de Cristo, siguen siendo un manantial privilegiado de oración para los cristianos.

Cada Salmo es para nosotros como un espejo de nuestras rebeldías, agonías, alegrías y esperanzas. Los Salmos pueblan nuestro interior de imágenes de bondad, de confianza, de ternura, de misericordia, de compasión; y de ahí brotan la oración de súplica, el grito de dolor, las preguntas, la alabanza, la adoración...

En cada Salmo se nos muestra un ser humano que habla, que sufre, que canta, que nos ayuda a expresar ante Dios lo que llevamos dentro. Los Salmos son capaces de hacernos superar nuestra mudez ante algunas circunstancias de la vida para las que nuestras palabras resultan insuficientes.

Para la reflexión:

- ¿Utilizo los salmos, o alguna parte de ellos, en mi oración individual? ¿Por qué?
- ¿Me identifico con su modo de expresarse? ¿Qué expresiones me chocan más?

JUZGAR:

Salmo 26:

(Escuchamos el Salmo 26 de Alfredo de la Roza) <https://youtu.be/rzVrGmGMkTQ>

El Señor es mi luz y mi salvación,
¿a quién temeré?
El Señor es la defensa de mi vida,
¿quién me hará temblar?

Cuando me asaltan los malvados
para devorar mi carne,
ellos, enemigos y adversarios,
tropiezan y caen.

Si un ejército acampa contra mí,
mi corazón no tiembla;
si me declaran la guerra,
me siento tranquilo.

Una cosa pido al Señor, eso buscaré:
habitar en la casa del Señor
por los días de mi vida;
gozar de la dulzura del Señor,
contemplando su templo.

Él me protegerá en su tienda el día del peligro;
me esconderá en lo escondido de su morada,
me alzará sobre la roca;
y así levantaré la cabeza
sobre el enemigo que me cerca;
en su tienda ofreceré sacrificios de aclamación:
cantaré y tocaré para el Señor.

Escúchame, Señor, que te llamo;
ten piedad, respóndeme.

Oigo en mi corazón: «Buscad mi rostro.»
Tu rostro buscaré, Señor,
no me escondas tu rostro.

No rechaces con ira a tu siervo,
que tú eres mi auxilio;
no me deseches, no me abandones,
Dios de mi salvación.

Si mi padre y mi madre me abandonan,
el Señor me recogerá.

Señor, enséñame tu camino,
guíame por la senda llana,
porque tengo enemigos.

No me entregues a la saña de mi adversario,
porque se levantan contra mí testigos falsos,
que respiran violencia.

Espero gozar de la dicha del Señor
en el país de la vida.

Espera en el Señor, sé valiente,
ten ánimo, espera en el Señor.

En este Salmo vemos a un hombre en una **actitud inquieta, de búsqueda**. El salmista desea vivamente vivir con Dios y saborear su dulzura. Busca la comunión con el mismo Dios.

El deseo de cualquier creyente es buscar el rostro de Dios. Un deseo atrevido, pero que podemos hacer nuestro porque lo que Dios mismo nos ha dicho en este Salmo, que Él es nuestra luz, nuestra salvación... es lo que nos disponemos a celebrar en Navidad. Y para eso, para buscar y encontrar el rostro de Dios, nos preparamos durante el Adviento.

Pero, ¿cómo podemos mantener y llevar adelante este deseo, cuando a veces tenemos la impresión de que Dios no aparece por ninguna parte, cuando miramos dentro y fuera de nosotros mismos y sólo percibimos su angustiante ausencia? ¿Cómo avivar la esperanza cuando lo único que experimentamos de Dios es su silencio, que nos ha abandonado, que se ha despreocupado de nosotros? ¿Hay algún motivo para seguir confiando, para orientar nuestra vida en una búsqueda aparentemente inútil?

Sí, porque Dios, al que a veces podemos considerar sordo, ciego e insensible a nuestros dramas, viene en nuestra búsqueda bajo la figura de su propio Hijo, como celebraremos ahora en Navidad. Quien escucha el Evangelio proclamado por Jesús saborea la dulzura de Dios, como pedía el salmista. En Cristo, Dios mismo entra en comunión con el hombre traspasando infinitamente los deseos expresados en el Salmo.

Jesús oró este Salmo, y lo vivió: Él es la Luz y la Salvación; Él buscó e invitó a buscar ante todo el Reino de Dios; nos pidió que no tuviéramos temor porque estaba con nosotros como Buen Pastor; los malvados que quieren devorar su carne los sufrió en la flagelación y Pasión; los testigos falsos aparecieron cuando estaba ante el Sanedrín; cuando sus discípulos le abandonan, Él se abandona en los brazos del Padre...

Por eso, éste es **también un Salmo de confianza**. Llama la atención el gran número de sentimientos que el salmista transmite a través de diversas imágenes. También que en la primera parte habla “de Dios”, en tercera persona, pero en la segunda parte habla “a Dios”, en segunda persona, se dirige a un “Tú”: Dios es ya, para él, alguien cercano.

Nuestro mundo, tan materialista y egocéntrico, hace que muchas personas deseen algo más, y se vuelvan a la oración, a la meditación... aunque no llegan más allá de un rato de relajación, o a un espiritualismo desencarnado. Este Salmo nos invita a hacer la experiencia de buscar la intimidad con un “Tú”, con Dios mismo.

Aun en nuestra pobreza y desvalimiento, aun en medio de la tentación, nuestro grito alcanza a Dios. Sean cuales sean los caminos por donde ha sido llevada una persona y por muy débil e imperceptible que sea el grito de su corazón, Dios lo oye, actúa y salva, como vemos en Éx 3,7-10.

No lo hace por nuestros méritos, sino por su infinita misericordia, y en ella se apoya la esperanza del salmista y nuestra propia esperanza. Dios envió su Hijo al mundo para que todo el que se vuelva hacia Él buscando su rostro, sea cual sea su situación personal, no quede defraudado.

Por eso, este Salmo podemos actualizarlo en el “hoy” del mundo, en el “hoy” de la Iglesia, en el “hoy” de mi parroquia, en mi “hoy” personal, familiar, profesional... y orar diciendo: **Tu rostro buscaré, Señor. No me escondas tu rostro.**

También este Salmo nos ayuda a vivir el Adviento, tiempo de espera y tiempo de esperanza, porque una de las actitudes espirituales que el mundo moderno necesita más urgentemente es la esperanza. Tener esperanza. Dar esperanza.

La esperanza no es solamente una virtud humana, sino un don del Espíritu, una virtud teologal que se fundamenta en la oración, en el deseo de intimidad con Dios... Y este Salmo nos hace preguntarnos: ¿Es Dios lo único que busco? ¿O busco otras cosas y por eso no acabo de tener esperanza?

Para la reflexión:

- ¿Qué sentimientos, qué pensamientos despierta en mí este Salmo?
- ¿Tengo la actitud de búsqueda del salmista? ¿Tengo esa confianza en Dios?
- ¿Cómo evalúo mi esperanza?
- Oro este Salmo sustituyendo la palabra “Señor” por “Jesús”.

ACTUAR:

Este Salmo nos enseña que, cuando abrimos nuestro espacio interior a Dios en la fe y en la oración; cuando sentimos que nuestras soledades interiores quedan inundadas por la presencia divina; cuando percibimos que nuestro desvalimiento e indigencia quedan contrarrestados por el poder de Dios; cuando experimentamos vivamente que ese Señor, que llena y da solidez, además de todopoderoso, es también todocariñoso, todomisericordioso; que Dios es «nuestro» Dios, que el Señor es «nuestro» Padre; y que nuestro Padre nos ama, y nos envuelve, y nos acompaña; y que es nuestra fortaleza, nuestra seguridad, nuestra liberación..., entonces, ¿cómo no querer habitar en su casa?

Si el Señor es mi fuerza y mi salvación, ¿a qué o a quién voy a temer? Si el Señor es la defensa de mi vida, ¿qué o quién me hará temblar? El miedo va desapareciendo porque la soledad va quedando poblada por Dios. Y, en ese momento, el creyente comienza a participar de la omnipotencia de Dios: ningún enemigo ni adversario, ni la vida, ni la muerte, ni la mentira, ni la calumnia podrán causarnos el más pequeño rasguño. Es, pues, el creyente, a partir de ese momento, hijo de la omnipotencia divina, se siente protegido ante los peligros y amenazas.

Y este sentimiento de participar de la omnipotencia divina va acompañado de seguridad, júbilo, libertad... No es que a los enemigos y adversarios se los haya tragado la tierra, o hayan sido fulminados por un rayo. No. Los enemigos y adversarios siguen en pie, están ahí. Pero el salmista se siente de tal manera arropado por la presencia divina, de tal manera partícipe de la omnipotencia divina, que no siente miedo alguno, no le afectan los insultos, nada ni nadie lo hiere, nada ni nadie lo lastima; se siente protegido, a salvo de los males y la adversidad.

Si se vive esta experiencia liberadora, entonces se impone una conclusión: si Dios es la fuente de toda dicha y de toda libertad, sólo una cosa importa, sólo una cosa procuraré, pediré y buscaré eternamente: «habitar en la casa del Señor». Es necesario entender estas palabras en su verdadera profundidad: vivir en el «templo» de su intimidad, cultivar su amistad, acoger profundamente su presencia; «gozar de la dulzura del Señor».

El Salmo 26 nos invita a entrar y experimentar vivamente la ternura de Dios, su amor, que se me da sin motivos ni merecimientos; nos invita a cultivar interminablemente, «por todos los días de mi vida», la relación personal y liberadora con el Señor, mi Dios.

Para la reflexión:

- ¿Experimento que el Señor es mi salvación, la defensa de mi vida, me siento protegido por Él?
- ¿Qué significa para mí “habitar en la casa del Señor”?
- ¿Cómo voy a cultivar la relación personal con Dios, “todos los días de mi vida”?
- Elijo un versículo o estrofa del Salmo para repetirlo en oración confiada.

CON OTRAS PALABRAS...

(Escuchamos el Salmo 26 de la Hna. Glenda) <https://youtu.be/gYIgfPg9RwY>

El Señor es mi luz y mi salvación, yo no camino en tinieblas. (bis)

El Señor es mi luz y mi salvación
¿a quién temeré?

El Señor es la defensa de mi vida,
¿quién me hará temblar?

El Señor es mi luz y mi salvación, yo no camino en tinieblas. (bis)

Espero gozar de la dicha del Señor
en el país de la vida.

Espera en el Señor, sé valiente,
ten ánimo, espera en el Señor.

El Señor es mi luz y mi salvación, yo no camino en tinieblas.

Tú eres, Señor, mi luz y mi salvación.
Eres la luz para mis pasos,
En Ti esta mi confianza y en tus manos mi vida.

Nada temo,
aunque se acerquen mis adversarios.
Mi corazón no teme, está seguro en Ti.

Una cosa te pido, Señor:
habitar en tu casa, sentarme a tu lado,
estar contigo todos los días de mi vida.
Quiero gustar tu dulzura, Señor,
y tener la seguridad de que me amas.

Eres el Dios de mi vida
y en tus manos me siento seguro.
Acoge mi plegaria y respóndeme.
En lo profundo oigo una voz:
“Busca mi rostro”.

Tu rostro busco, Señor,
no me escondas tu rostro.

Tú eres mi auxilio: no me abandones.
Tú eres mi auxilio: ven en mi ayuda.

Yo estoy seguro, Señor,
de que si mi padre y mi madre me abandonan
Tú nunca harás eso, Tú me acogerás.

Enséñame tu camino de paz y bien, Señor.
Sé Tú mi guía, mi luz, mi salvación.
Mi corazón no teme
porque Tú vas conmigo y me amas.

Yo quiero ver tu bondad, Señor,
y saborear tu ternura;
aquí, ahora, en la tierra donde vivo.
Hazme gustar ese amor.

Yo espero en Ti, Señor;
yo sé que, contigo,
mis problemas tienen salida.
Yo espero en Ti, Señor,
y estoy seguro de que nunca me dejarás solo.

Tú me hablas al corazón y me dices:
“Ánimo, ten valor, sé firme en tu fe”.
Tú me hablas al corazón y me dices:
“Espera en mí, confía en mí”.

Y mi corazón te dice, Señor:
“Creo en ti, estoy seguro a tu lado.”



RETIRO: Orar con los Salmos – SALMO 26

(Extraído de *Orar, La Casa de la Biblia*, Noël Quesson, Carlos G. Vallés, y otros)

VER:

- ¿Utilizo los salmos, o alguna parte de ellos, en mi oración individual? ¿Por qué?
- ¿Me identifico con su modo de expresarse? ¿Qué expresiones me chocan más?

JUZGAR:

Salmo 26:

(Escuchamos el Salmo 26 de Alfredo de la Roza) <https://youtu.be/rzVrGmGMkTQ>

El Señor es mi luz y mi salvación,
¿a quién temeré?

El Señor es la defensa de mi vida,
¿quién me hará temblar?

Cuando me asaltan los malvados
para devorar mi carne,
ellos, enemigos y adversarios,
tropiezan y caen.

Si un ejército acampa contra mí,
mi corazón no tiembla;
si me declaran la guerra,
me siento tranquilo.

Una cosa pido al Señor, eso buscaré:
habitar en la casa del Señor
por los días de mi vida;
gozar de la dulzura del Señor,
contemplando su templo.

Él me protegerá en su tienda el día del peligro;
me esconderá en lo escondido de su morada,
me alzará sobre la roca;

y así levantaré la cabeza
sobre el enemigo que me cerca;
en su tienda ofreceré sacrificios de aclamación:
cantaré y tocaré para el Señor.

Escúchame, Señor, que te llamo;
ten piedad, respóndeme.

Oigo en mi corazón: «Buscad mi rostro.»
Tu rostro buscaré, Señor,
no me escondas tu rostro.

No rechaces con ira a tu siervo,
que tú eres mi auxilio;
no me deseches, no me abandones,
Dios de mi salvación.

Si mi padre y mi madre me abandonan,
el Señor me recogerá.

Señor, enséñame tu camino,
guíame por la senda llana,
porque tengo enemigos.

No me entregues a la saña de mi adversario,
porque se levantan contra mí testigos falsos,
que respiran violencia.

Espero gozar de la dicha del Señor
en el país de la vida.

Espera en el Señor, sé valiente,
ten ánimo, espera en el Señor.

- ¿Qué sentimientos, qué pensamientos despierta en mí este Salmo?
- ¿Tengo la actitud de búsqueda del salmista? ¿Tengo esa confianza en Dios?
- ¿Cómo evalúo mi esperanza?
- Oro este salmo sustituyendo la palabra “Señor” por “Jesús”.

ACTUAR:

- ¿Experimento que el Señor es mi salvación, la defensa de mi vida, me siento protegido por Él?
- ¿Qué significa para mí “habitar en la casa del Señor”?
- ¿Cómo voy a cultivar la relación personal con Dios, “todos los días de mi vida”?
- Elijo un versículo o estrofa del Salmo para repetirlo en oración confiada.

CON OTRAS PALABRAS...

(Escuchamos el Salmo 26 de la Hna. Glenda) <https://youtu.be/gYIgfPg9RwY>

El Señor es mi luz y mi salvación, yo no camino en tinieblas. (bis)

El Señor es mi luz y mi salvación
¿a quién temeré?

El Señor es la defensa de mi vida,
¿quién me hará temblar?

El Señor es mi luz y mi salvación, yo no camino en tinieblas. (bis)

Espero gozar de la dicha del Señor
en el país de la vida.

Espera en el Señor, sé valiente,
ten ánimo, espera en el Señor.

El Señor es mi luz y mi salvación, yo no camino en tinieblas.

Tú eres, Señor, mi luz y mi salvación.
Eres la luz para mis pasos,
En Ti esta mi confianza y en tus manos mi vida.

Nada temo,
aunque se acerquen mis adversarios.
Mi corazón no teme, está seguro en Ti.

Una cosa te pido, Señor:
habitar en tu casa, sentarme a tu lado,
estar contigo todos los días de mi vida.
Quiero gustar tu dulzura, Señor,
y tener la seguridad de que me amas.

Eres el Dios de mi vida
y en tus manos me siento seguro.
Acoge mi plegaria y respóndeme.
En lo profundo oigo una voz:
“Busca mi rostro”.
Tu rostro busco, Señor,
no me escondas tu rostro.

Tú eres mi auxilio: no me abandones.
Tú eres mi auxilio: ven en mi ayuda.
Yo estoy seguro, Señor,
de que si mi padre y mi madre me abandonan
Tú nunca harás eso, Tú me acogerás.

Enséñame tu camino de paz y bien, Señor.
Sé Tú mi guía, mi luz, mi salvación.
Mi corazón no teme
porque Tú vas conmigo y me amas.

Yo quiero ver tu bondad, Señor,
y saborear tu ternura;
aquí, ahora, en la tierra donde vivo.
Hazme gustar ese amor.

Yo espero en Ti, Señor;
yo sé que, contigo,
mis problemas tienen salida.
Yo espero en Ti, Señor,
y estoy seguro de que nunca me dejarás solo.

Tú me hablas al corazón y me dices:
“Ánimo, ten valor, sé firme en tu fe”.
Tú me hablas al corazón y me dices:
“Espera en mí, confía en mí”.

Y mi corazón te dice, Señor:
“Creo en ti, estoy seguro a tu lado.”

